

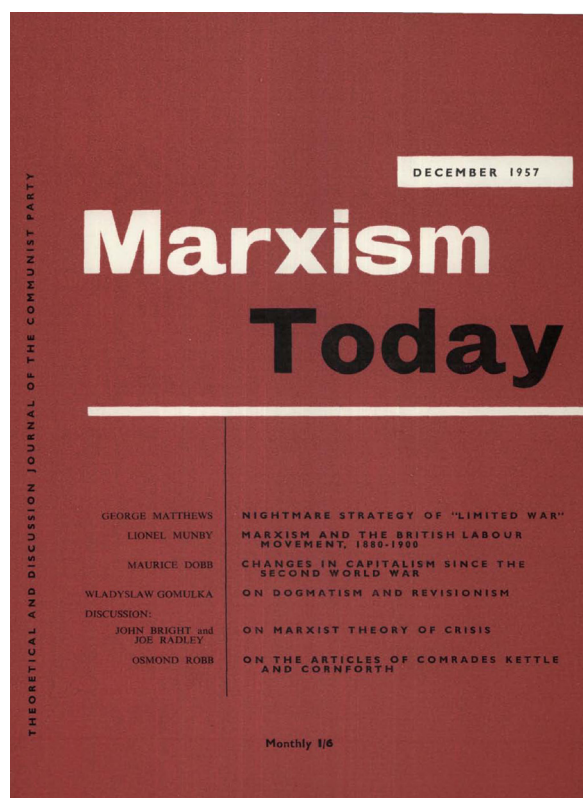
Cambios en el Capitalismo desde la Segunda Guerra Mundial*

Maurice Dobb

Este ha sido un tema que ha suscitado mucho debate en el movimiento obrero y en círculos más amplios durante años; sin embargo hasta hace poco (creo que es cierto decirlo) los marxistas apenas han contribuido a la discusión, si es que lo han hecho. Quizá se debiera a un cierto 'perfeccionismo' —la impresión de que no es deseable pronunciarse sobre los cambios históricos hasta que se tenga ni más ni menos la respuesta definitiva; quizá hubiera alguna otra razón. Lo que sigue es un intento de contribuir al debate sin creer que uno ha encontrado la respuesta completa y sin pretensión alguna de abarcar todo el campo. (Por ejemplo, excepto por un vistazo ocasional, el aspecto internacional, y en concreto las contradicciones imperialistas del capitalismo contemporáneo son deliberadamente ignorados). El tratamiento de las cuestiones es rigurosamente selectivo, con la intención de centrar la discusión en aspectos del tema a los cuales los marxistas (y también otros) parecen haber prestado relativamente poca atención hasta ahora.

Los lectores de *Marxism Today* puede que no necesiten que se les recuerde que los escritores neofabianos han afirmado que o bien el capitalismo ha entrado en una etapa nueva y reformada que difiere radicalmente del capitalismo del siglo XIX, o incluso ha dejado de ser capitalismo y se está ya transformando en otra cosa. El segundo postulado es del señor Crosland, que

* Maurice Dobb, «Changes in Capitalism since the Second World War», *Marxism Today*, 3, (December, 1957). Traducción de Antonia Tato Fontañá.



Portada de *Marxism Today* en la que se publicó el original (1957).

en los *New Fabian Essays* dice: «Está ahora claro que el capitalismo está sufriendo una metamorfosis hacia un sistema diferente y que esto hace que la mayor parte del análisis socialista tradicional se convierta en académico» (p. 35). La Socialist Union en su declaración de políticas titulada *Twentieth Century Socialism* dice que «el Estado del Bienestar, que no es ni capitalismo ni socialismo, ha sido creado» (p. 15). El señor Strachey es bastante más cauto y afirma simplemente que «una etapa nueva y diferente de nuestro sistema económico actual, el capitalismo, existe ahora en las comuni-

dades industriales avanzadas», en la cual «las leyes de desarrollo de la etapa anterior del sistema no se aplican plenamente en la nueva».^[1]

Se aducen varias razones para justificar esta visión; pero tres destacan por su importancia crucial. Son: (i) la llamada «*Managerial Revolution*» (Revolución Directiva), (ii) la llamada «*Income Revolution*» (Revolución de la Renta) de décadas recientes, (iii) la influencia económica del estado, radicalmente cambiada, sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial. Examinemos cada una de estas razones para ver si pueden constituir, juntas o por separado, un hito histórico que separe distintos períodos y que explique entre otras cosas el peculiar curso del ciclo económico en los últimos doce años.

«Managerial Revolution» y «Income Revolution»

De estas razones las dos primeras, en mi opinión, pueden ser descartadas bastante rápidamente. La «Revolución Directiva» se origina en un libro muy leído y muy citado del mismo título escrito por James Burnham, cuyo peso radicaba en que el poder ya estaba pasando (durante el periodo de entre-guerras) de las manos de los capitalistas, movidos en sus estrategias por el tradicional afán de lucro, a las de una nueva clase de directivos asalariados responsables de grandes corporaciones industriales y financieras —directivos que tenían una parte insignificante, si es que tenían alguna, en la propiedad de las compañías cuyas políticas controlaban. Se decía que esta ‘revolución’ caracterizaba a todos los países más avanzados del mundo y ampliaba rápidamente su ámbito.

En la medida en que tenía una base fácti-

ca, esta noción descansaba en la famosa investigación de Berle y Means de los últimos años veinte sobre la propiedad y el control de las 200 mayores corporaciones no financieras de EE.UU., con su revelación del amplio divorcio entre propiedad y control y la prevalencia en estas corporaciones gigantes de un control minoritario (de hecho, un control ejercido por personas con no más de una pequeña fracción del capital social). Pero decir que hay un divorcio parcial entre la propiedad y el control no es decir que este divorcio esté completo (siempre ha habido una buena parte de ‘capitalismo absentista’) y hablar de ‘control de la minoría’ no es lo mismo que decir que el control esté en manos de no-capitalistas, y todavía menos que los que tienen este control pertenezcan a una clase distinta. De hecho una reelaboración del material de Berle y Means en un Memorandum de T.N.E.C. ha mostrado que el número de casos en los que el control estaba en manos de personas con una parte ínfima de las acciones era considerablemente menor de lo que se había supuesto;^[2] y Sweezy ha demostrado que Burnham está lejos de haber probado que sus ‘directivos’ constituyen un grupo social homogéneo, ya no digamos una clase. Toda esta cuestión recibirá un trata-

2.— *Temporary National Economic Committee Memo*, N° 29, 56–7, 104 seq. Cf. los comentarios del autor sobre este punto y el estudio de Berle y Means en sus *Studies in the Development of Capitalism*, pp. 350–2. R. Bellamy en un artículo en *Marxist Quarterly*, enero 1957, pp. 27–8, sugiere dudas en la interpretación de los hechos en este T.N.E.C. Memo., y a cambio se apoya en el argumento de que los directivos están movidos por el mismo afán de lucro que los capitalistas, aunque sean asalariados. Debe señalarse, sin embargo, que incluso R. A. Gordon (citado por R. Bellamy al respecto) cita una investigación propia sobre ejecutivos empresariales americanos, mostrando que una cuarta parte de ellos tienen acciones por valor de 1 millón de dólares cada uno o más en sus propias compañías y además, aparte de ellos, hay otros con participaciones importantes (*Business Leadership in the Large Corporations*, pp. 42–4).

1.— John Strachey, *Contemporary Capitalism*, pp. 25–6.

miento completo en *Marxism Today* en otra ocasión; y aquí baste afirmar la convicción de que hablar de «revolución directiva» es una fantasía histórica y que el susodicho «control minoritario» o «control directivo» tal como se ha desarrollado, no ha alterado significativamente la motivación y el funcionamiento del capitalismo monopolista.

Ni tampoco es necesario que nos detengamos mucho en la llamada «revolución de la renta». Los hechos son ahora conocidos y accesibles y no hace falta que pasemos tiempo analizándolos aquí en detalle. Mientras el porcentaje libre de impuestos en los ingresos totales del uno y del cinco por ciento superior de perceptores de ingresos^[3] ha caído notablemente en Gran Bretaña desde 1938 y en el otro extremo de la escala de ingresos ha habido una gran reducción en el porcentaje de pobreza (previamente, en los años entreguerras, se mantenía alto a causa del desempleo), el porcentaje de salarios a cargo de la renta nacional ha aumentado sorprendentemente poco si consideramos la mayor fuerza organizativa de la clase trabajadora desde y durante la guerra —en dos o tres puntos a lo sumo según las estimaciones actuales. (Lo que a menudo se cita erróneamente para mostrar un aumento considerable es el aumento de salarios en rentas *personales*; pero esto omite los beneficios no distri-

buidos, que evidentemente son parte de las rentas de los capitalistas en un sentido de *clase* y han aumentado considerablemente desde la guerra). Además ha de tenerse en cuenta que los números que muestran una caída en los niveles de renta superiores es probable que sobrevaloren la posición real puesto que no tienen en cuenta las plusvalías ni sus gastos (sobre lo cual puso tanto énfasis el Minority Report of the Royal Commission on the Taxation of Profits del señor Kaidor); ni tienen en cuenta el hábito de postguerra de cargar gastos considerables en las «cuentas de gastos».

Lo que se dijo de la «revolución de la renta», no solo en Gran Bretaña sino también en EE.UU., se ha basado en cifras muy citadas de una caída en el porcentaje de las rentas totales ingresadas por el 5 por ciento más alto de la escala de perceptores de ingresos. La prueba de ello ha sido eficazmente examinada en un artículo reciente,^[4] que no necesita ser repetido aquí, excepto para señalar que el autor de ese artículo destaca (a) la importancia de la evasión de impuestos y de las cuentas de gastos como sólidas razones de las cifras citadas usualmente, (b) el hecho de que en realidad el porcentaje de rentas totales de los tres décimos del tramo inferior de los perceptores americanos de rentas ha disminuido.

El Capitalismo Monopolista de Estado

Llegamos al tercero de los cambios antes mencionados y no puede ser descartado tan fácilmente: una mayor influencia económica del estado. Este tiene un soporte fáctico mucho más sólido. Claramente ha habido una gran ampliación del capitalismo monopolista de estado desde 1939 —una evolución que yo personalmente considero que

3.— Esto es, del uno por ciento y cinco por ciento superiores de rentas recibidas cuando las rentas individuales se ordenan por volumen y las rentas más altas encabezan la lista. Según las estimaciones de Dudley Seers (en el *Oxford Bulletin of Statistics*, julio y agosto de 1949) el porcentaje del uno por ciento superior (unas 200.000 familias) cayó entre 1938 y 1947 solamente del 19 al 17 por ciento *antes de impuestos*, pero pasó del 14 al 11 por ciento *después de impuestos*. El porcentaje antes de impuestos del 25 por ciento superior fue casi estable (58 por ciento en 1938 y 55 por ciento en 1947) pero el porcentaje después de impuestos cayó del 54 por ciento al 48. En lo que se refiere a la mitad *inferior* de todas las rentas, apenas se elevó antes de impuestos e incluso después de impuestos se elevó solo del 27 al 30 por ciento.

4.— Gabriel Kolko, «The American 'Income Revolution'», *Universities and Left Review*, 2, pp.9–14.

constituye un cambio cualitativo crucial en lo que a tendencias (que en absoluto son únicamente producto de las dos últimas décadas) hacia el capitalismo monopolista de estado se refiere. Aquí, una vez más, debemos evitar caer en la exageración de esta evolución —exageración a la que el enfoque neofabiano de esta cuestión es propenso; como por ejemplo la absurda alegación en el ensayo del señor Crosland de que el estado «es ahora un poder intermedio independiente, que domina la vida económica del país... [y] este cambio en sí mismo justificaría la afirmación de que la economía capitalista ha pasado a la historia».^[5] En lo que respecta al control directo sobre la producción, hay relativamente poco (y menos en EE.UU. y Alemania Occidental que en Gran Bretaña); el sector nacionalizado abarca no más de un quinto de la producción total, habiendo sido eliminados los controles directos de la guerra en los años cincuenta (con una o dos excepciones tales como las atribuciones modestas para influir en los emplazamientos industriales de la Development Areas Act). En el plano financiero, sin embargo, la influencia del estado en la actividad económica es considerablemente mayor, en forma de gasto público, que desde antes de la guerra ha crecido de forma desproporcionada a la propiedad estatal o al control de los medios de producción. La influencia del estado sobre la actividad inversora y por tanto la demanda de bienes de capital es lo bastante grande como para ser un factor importante aquí (no solo negativamente a través del Capital Issues Committee, sino también positivamente debido al tamaño del gasto en inversiones del sector nacionalizado y del gobierno central y local, que en los cincuenta representa casi la mitad de la inversión bruta, si se incluye la vivienda). A esto se le tiene que añadir

el gasto armamentístico (que representa aproximadamente el 10 por ciento de la renta nacional). Evidentemente tales gastos han jugado un papel importante en el alto nivel de productividad industrial y de empleo que han sido característicos de los últimos doce años. Como ya he dicho en una ocasión anterior^[6]: «Pienso que tenemos que afrontar que estas tendencias del capitalismo de estado le han asegurado al capitalismo un cierto grado de estabilidad que no tenía en el período de entreguerras... Se puede admitir esto sin tragarse fantasías neofabianas sobre 'el milagro americano' y sobre un capitalismo renovado libre de crisis.»

Las raíces históricas de este desarrollo del capitalismo monopolista de estado son complejas y no voy a tratar de discutir las aquí. En gran parte consisten en los grandes conflictos internacionales del imperialismo. Es significativo que las primeras desviaciones de las nociones liberales (o *laissez-faire*) del siglo XIX acerca de la función del estado fueron provocadas por consideraciones de rivalidad imperialista y que el mayor desarrollo del capitalismo monopolista de estado tuvo lugar durante las dos guerras mundiales. Gran parte de la preocupación de la política económica del Gobierno desde 1945 se ha debido al empuje de la exportación y al control del valor de cambio de la libra y el movimiento de capital en el extranjero; y es discutible que la continuación en tiempo de paz de un grado tan alto de intervención estatal y un nivel tan alto de gasto estatal esté sujeto a la guerra fría y la «militarización de la economía». Al mismo tiempo no puedo evitar pensar que esta evolución tiene también que ser tratada como una reacción a las contradicciones *internas* del sistema que explotó tan sorprendentemente (y para

5.— *New Fabian Essays*, p.39.

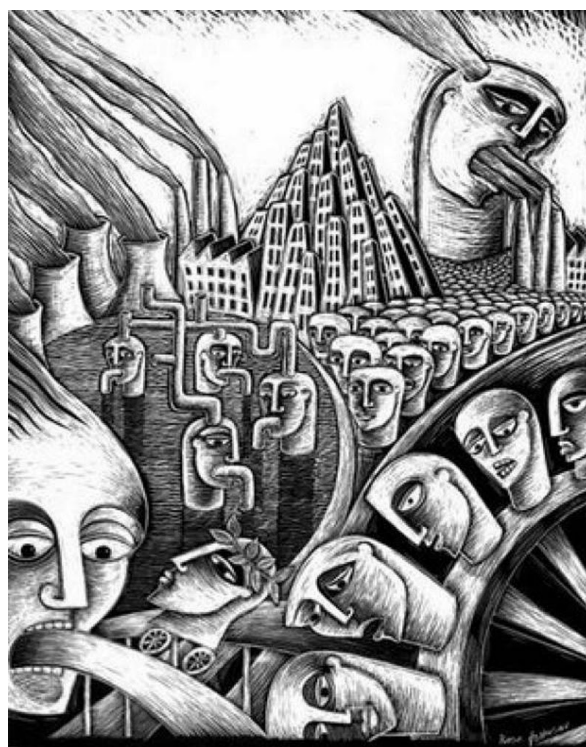
6.— *Marxist Quarterly*, enero 1957, p. 4.

la estabilidad del sistema, tan peligrosamente) en la crisis de los años 30. Lo que de todas maneras parece claro es que un sector considerable de la clase capitalista, a pesar de lo mucho que les gustaría algo de desempleo «para mantener a los sindicatos amansados», tiene un miedo mortal a que el capitalismo no sobreviva a una repetición de 1929. (Que tengan o no el poder de evitarlo, por mucho que recurran a «estabilizadores keynesianos», es muy distinto).

«Acumulación Interna»

Hay otro rasgo del capitalismo de postguerra que merece ser mencionado, ya que tiene una importancia potencial considerable en el proceso de acumulación de capital: aunque no es en absoluto suficiente para justificar que se hable de que el capitalismo ha llegado a «una nueva etapa». La importancia considerablemente mayor de las reservas acumuladas de las grandes corporaciones (acumulación corporativa interna) hace posible la «financiación interna» de una gran proporción del gasto en inversiones, sin recurrir a los bancos ni al mercado de capital. Como cabría esperar, la tendencia es más acusada en EE.UU.; y una estimación, hecha por los economistas del National City Bank, es que, de los 150,000 millones de inversión para modernizar y ampliar planta y equipo en EE.UU., de 1946 a 1953 inclusive, un 64 por ciento procedía de fuentes internas — de «ingresos de las empresas que se habían acumulado y no se habían distribuido como dividendos».^[7] Aunque menos desarrollado en Gran Bretaña que en América, se ha convertido en un factor importante, si es que no funda-

7.— Adolf A. Berle Jr., *The Twentieth-Century Capitalist Revolution*, pp. 25–26. Del restante 36 por ciento del total, la mitad fue obtenida de préstamo, principalmente de los bancos, y la otra mitad (no más del 18 por ciento del total) por emisión de bonos o acciones en el mercado de capital.



Una alegoría del capitalismo.

mental, en la actividad inversora de la industria privada (como se señaló en el *Industry and Society* del Partido Laborista), y el crecimiento en varias veces su tamaño de las reservas acumuladas por las compañías privadas ha sido un rasgo sorprendente de la situación financiera de postguerra. Por ejemplo, en años recientes los beneficios sin distribuir después de impuestos han representado aproximadamente la mitad de los beneficios brutos de las compañías operativas en el Reino Unido y ascendieron a una suma mayor que la «inversión nacional fija» más «el incremento del valor de la existencias».^[8]

De esto no se desprende en absoluto que la inversión originada en todas esas reservas acumuladas sea una iniciativa patrocinada por la gestión empresarial sin influencia del afán de lucro capitalista. Ni necesariamente se deduce que porque las grandes empresas hayan acumulado estas

8.— *Economic Survey 1957* (H.M.S.O.), P. 24.

reservas las invertirán junto con el capital real.^[9] Pero su existencia es probable que represente una fuerte presión para invertir en reequipar y ampliar —una presión que aumenta con su tamaño. Por esta razón creo que se puede tomar como cierto que tal acumulación interna *engendra* inversión (en el sentido de los economistas). Esto, si es cierto, tiene dos consecuencias principales.

Primero, tiende a fomentar la expansión de los grandes intereses monopolistas y por lo tanto acelera el proceso de concentración. En segundo lugar, puede darle al boom un mayor impulso del que tenía, haciendo que se perpetúe por más tiempo ante obstáculos menores hasta que un choque de primera magnitud lo detenga (me refiero a un choque a las expectativas de ganancias sobre las que se levantó, sea cual sea la forma que pueda adoptar). Este impulso se debe a que los beneficios del boom causan una acumulación interna que impulsa una mayor inversión, lo cual tiende a sostenerlo; al mismo tiempo la existencia de tales reservas significa que los grandes intereses monopolistas se han convertido en sus propios banqueros y sus políticas de inversión son inmunes a los límites financieros habituales (estado del mercado de capital, restricciones de créditos bancarios, etc.).

Esto no significa que el capitalismo monopolista se haya así inmunizado contra

los incentivos tradicionales que rigen la inversión, y todavía menos contra las normales tendencias de crisis inherentes a la anarquía de la producción capitalista y a la tendencia de la capacidad productiva para superar a la demanda. Pero puede significar que la política de inversiones de la industria capitalista (por lo menos de los grandes intereses) está más influenciada que antes por consideraciones a largo plazo y menos afectada por los cambios a corto plazo en las expectativas de ganancias. Así puede servir para «distorsionar» el curso normal del ciclo de comercio y actividad productiva alargando la fase del boom y por lo tanto como un factor *que contribuye*, por lo menos, a explicar la sorprendente prolongación del boom de postguerra en el mundo capitalista (p. ej. puede ayudar a explicarlo *en conjunción* con otro factor que mencionaré más adelante). De pasada se puede percibir que si ayuda a prolongar la fase del *boom* también puede contribuir a hacer más aguda y/o más larga la fase de crisis y depresión, cuando llegue; pero esa es otra historia.

En mi opinión es esta prolongación del boom de la postguerra durante 12 años (interrumpidos solo por dos recesiones menores en 1948–49 y en 1952 en este país —1953–54 en EE.UU.) lo que en esencia tenemos que explicar; y por lo tanto mis observaciones en lo que queda de este artículo se centrarán en esta cuestión. Al explicar lo que ha ocurrido en los 12 últimos años, el volumen del gasto gubernamental, incluyendo el gasto armamentístico, es evidentemente de gran importancia. En el período de la guerra de Corea fue sin duda la influencia dominante. También en los primeros años de postguerra la influencia de la demanda acumulada, resultante de la escasez del tiempo de la guerra, de la ausencia de reparaciones y de la destrucción masiva fue importante. Sin embargo, en

9.— Pueden usar estas reservas para comprar los activos *existentes* o incluso para mantener bonos estatales con ellas (temporalmente en todo caso). Pero la clase capitalista como un *todo* no puede seguir comprando los activos existentes —aunque los capitalistas monopolistas pueden comprarlos a otros capitalistas, concentrando así la propiedad en manos de los primeros, pero en el proceso transfiriendo los saldos monetarios a las manos de los últimos. Y cualquier compra de bonos a gran escala por parte de las empresas (manteniendo así sus reservas) tenderá a subir su precio y a reducir la rentabilidad de los bonos, convirtiéndolos así en una forma demasiado costosa de retención de valores —a menos que coincida por casualidad con grandes emisiones de bonos estatales.

el artículo ya mencionado sugerí razones para pensar que el nivel del gasto gubernamental no podía explicarlo todo (quizás ni siquiera la mayor parte). En cuanto a la llamada demanda acumulada que nace de las condiciones y devastación del tiempo de la guerra, debe haber jugado un papel, que disminuyó rápido, en la actividad industrial en el curso de los años cincuenta. Lo que necesita una explicación, especialmente en los tres o cuatro últimos años (desde la recuperación de la recesión americana de 1953–54) es el persistente auge de la inversión *privada* (la inversión de la industria privada en modernización y ampliación de capacidad) en Gran Bretaña al igual que en Alemania Occidental y en Norteamérica ante la disminución del gasto en armamento, antes ascendente, ante la subida de los tipos de interés y ante el endurecimiento de los créditos. Este es el hecho más notable y es el que demanda una mayor explicación, puesto que todo lo que hemos aprendido tanto de la teoría como de la práctica en el período de entreguerras nos lleva a esperar del capitalismo monopolista, cuanto más se desarrolla, un grado creciente de exceso de capacidad en plantas y equipo y una tendencia al estancamiento en inversión y ritmo de crecimiento.^[10]

Período de Renovación Tecnológica

Cualquier análisis marxista estaría incompleto sin un examen de los cambios en la técnica y en las fuerzas productivas. En realidad, se podría decir que este debería ser el punto de partida de cualquier análisis, puesto que las fuerzas productivas son (en la muy conocida frase de Stalin) «el elemento más móvil» del modo de producción. Por tanto quiero pasar a esto, con especial

referencia al problema señalado al final del párrafo anterior.

En la época de la Primera Guerra Mundial ocurrieron una serie de cambios en las técnicas productivas que se han etiquetado libremente como de «producción en masa». En tales cambios la industria americana, a la sazón en fase de expansión, llevaba la voz cantante; después de la guerra y en el curso de los años veinte la industria británica (al menos algunas ramas) siguió sus pasos de forma bastante lenta e inadecuada. Con estos cambios estaban evidentemente conectados los grandes aumentos en productividad laboral que fueron característicos de la industria americana en los años veinte (que originaron todo lo que actualmente se denomina «desempleo tecnológico») y también los aumentos más pequeños, pero no menos importantes, de la productividad británica a mediados y a finales de la década de los veinte y (curiosamente) en los años treinta. La «producción en masa» se asociaba con el creciente uso de la electricidad como energía motriz y estaba conectada (por lo menos indirectamente) con el aumento de las nuevas industrias del período de entreguerras, tales como la ingeniería eléctrica, los plásticos, los motores y la aeronáutica y con el fundamental desarrollo de la industria química.

Creo que los historiadores económicos del futuro pueden considerar todo esto como el umbral de la «automatización» de los años cincuenta. Originándose (parece) en el movimiento hacia una creciente estandarización tanto de equipo productivo como de productos, se transformó en una serialización de máquinas y procesos para reducir al mínimo la manipulación por la mano del hombre y para que sucesivas fases de la producción se realizaran en una cadena de montaje o en una cinta transportadora. Pero aunque el manejo manual se redujo al mínimo, el trabajador seguía ejer-

10.— Véase por ejemplo, J. Steindl, *Maturity and Stagnation in American Capitalism*.

ciendo un control minucioso y haciendo la mayoría de las operaciones productivas (p. ej. en la cadena de montaje de un automóvil). Era lógico pero revolucionario que el siguiente paso hacia la automatización fuese transferir a la máquina incluso el control minucioso de las operaciones productivas, utilizando modernos avances en electrónica (algunos de ellos productos de la guerra) para proporcionar complejos mecanismos de realimentación.

Cito la autoridad del Dr. Liley:

«Es solo en el período de postguerra —y en gran medida como resultado de avances técnicos iniciados durante la guerra— que ha sido posible aplicar la automatización a procesos técnicos en general. Y así, a pesar de una prehistoria que se remonta a una generación o más, la automatización como algo de sólida importancia general pertenece a los últimos cinco o diez años — y todavía más al futuro. Sus efectos son más perceptibles en dos campos fundamentales que antes de 1945 apenas estaban afectados— en la producción de ingeniería y en el trabajo administrativo.»^[11]

No es este el lugar para entrar en un debate a fondo sobre los probables efectos económicos de la automatización —p. ej. los efectos en los diferentes estratos de la clase trabajadora (la posible reducción de la esfera del operador de máquina semicualificado o de la del viejo tipo de artesano cualificado, favoreciendo al personal de mantenimiento, ajustadores de maquinaria, técnicos, supervisores de máquinas y similares); en los sistemas salariales (vuelta a tarifas por medidas de tiempo); en el trabajo en múltiples turnos durante las 24 horas del día y en la ratio de los costes salariales (la «composición del capital» marxista

en términos de *valor*). En un trabajo mío publicado justo después de la guerra^[12] hice un intento (sin duda inadecuado) de analizar algunos de los efectos potenciales de los nuevos métodos técnicos de la fase de innovación anterior a la pre-automatización, dos de los cuales podrían tener alguna relevancia en nuestro contexto actual: su tendencia a provocar rigidez productiva ante los cambios de la demanda, y a causar que la innovación técnica tome la forma de «saltos» revolucionarios (ocasionando, como tiende a hacer cada vez con más frecuencia, desguaces y desmantelamientos a gran escala y la reconstrucción de unidades industriales complejas), en lugar del proceso de innovación gradual, paso a paso, del capitalismo del siglo XIX. Lo que yo creo que no se puede negar es que vivimos un período de cambios técnicos completamente revolucionario, en el cual las fuerzas productivas han sufrido una transformación importante o un 'salto' cualitativo. Si esto es así, difícilmente puede serlo sin que haya efectos profundos en las relaciones de producción y en el funcionamiento general del capitalismo. Quizás no sería incorrecto conectar (aunque sea indirectamente) estos cambios en las fuerzas productivas con las aceleradas tendencias del capitalismo monopolista de estado del que hemos hablado.

Hasta el momento, al tratar la automatización, hemos tendido a centrar la atención en su efecto de desplazamiento del trabajo —su posible tendencia a engrosar una vez más el ejército de reserva industrial, en un mayor grado que el «desempleo tecnológico» del que tanto se habló en los años veinte. Este será sin duda un rasgo importante de estos cambios en la perspectiva a largo plazo; igual que los grandes aumentos de la capacidad productiva serán el resultado final del auge de la inversión en años re-

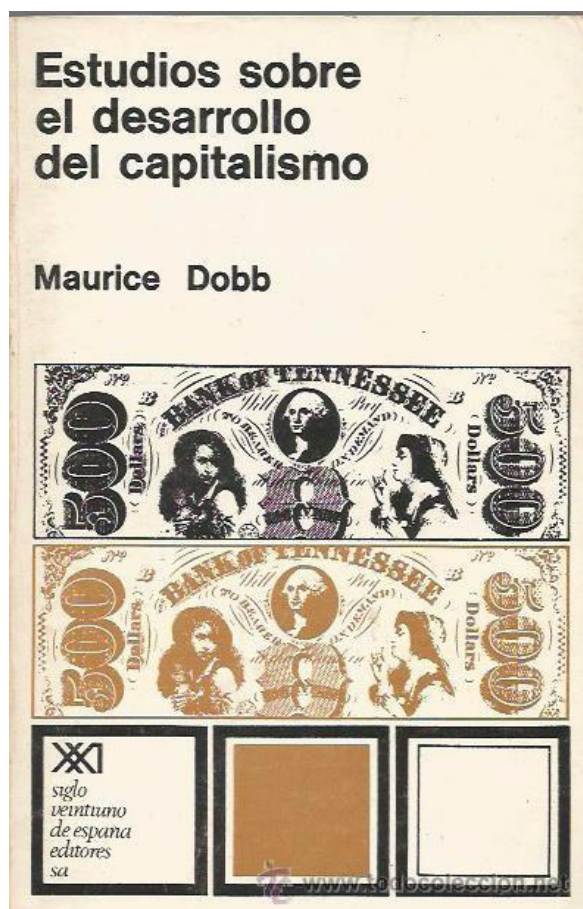
11.— S. Lilley, *Automation and Social Progress*, p.5.

12.— *Studies in the Development of Capitalism* pp. 358–370.

cientes. Lo que, sin embargo, hemos tendido a pasar por alto, al centrar la atención en los efectos a largo plazo, es que un efecto *inmediato* importante de la innovación tecnológica puede ser el de darle un impulso a la inversión, y de ahí mantener el nivel de actividad en marcha (con sus presiones inflacionarias y empleo total) al incrementar la demanda de bienes de equipo de todas clases, materiales de construcción, acero, etc. (productos de la Sección I de Marx). Lo que sugiero es que las posibilidades de inversión permitidas por esta revolución técnica pueden proporcionar la explicación que estamos buscando para la persistencia sorprendente del auge de la inversión desde el fin de la guerra de Corea.

Cambio Técnico y Boom de la Inversión

Puede que haya dos razones para que esta explicación bastante obvia no haya sido aceptada antes y para que algunos se inclinen todavía por rechazarla. En primer lugar, generalmente asociamos al capitalismo monopolista con las restricciones en producción e incluso con el sabotaje del progreso técnico y parece ir a contracorriente sugerir que la mera existencia de posibilidades técnicas de innovación puede ser una razón para que la susodicha innovación entre en vigor. «El miedo a la capacidad productiva» es una inquietud siempre presente del capitalismo monopolista y los monopolios han demostrado que tienen poder para obstaculizar y retardar el desarrollo. Lo que tenemos que recordar, sin embargo, es que (como Lenin insistía) el monopolio no sustituye ni evita la competencia *entre* monopolios, si no que cambia su forma; y esta rivalidad puede que fuerce a las empresas a acometer innovaciones, aunque sea de forma anárquica y desigual, una vez que haya quedado claro que alguien empezará a marcar el ritmo. Y si



Obra clásica de Dobb publicada en 1948. No fue editada en España hasta 1976.

nuestra proposición anterior es cierta, que la existencia de grandes reservas acumuladas ejerce presión para encontrar salidas a la inversión, puede que no sea sorprendente en absoluto que un período de descubrimientos técnicos sea un período de inversión relativamente alta.

La segunda razón posible es más teórica. Hasta el momento hemos tendido (como señaló John Eaton en el último número) a darle a la teoría de crisis un giro de bajo consumo un poco tosco; y al hablar de la tendencia de la capacidad productiva de superar el poder del consumo, de identificar el poder de consumo con el consumo *personal* ($V +$ la parte consumida de S , en la nota de Marx). Lamentablemente el mismo sesgo va a aparecer en la sección de la teoría de crisis en el nuevo *Political*

Economy Textbook soviético.^[13] Esto es para concentrar la atención exclusivamente en el mercado de la Sección II (producción de bienes de consumo) e ignorar el hecho de que la inversión *mientras se produce* crea un mercado para los productos de la Sección I (bienes de equipo —máquinas, materiales de construcción, etc.) y que aumentar el empleo y los beneficios de este sector puede también tener el efecto de aumentar el mercado de la Sección II. Es cierto que los productos de la Sección I que esta inversión está provocando, a menos que todos ellos estén dedicados a la expansión de la Sección I en sí misma, tienen que acabar en una ampliación de la capacidad productiva de las industrias de bienes de consumo y en un problema de sobreproducción en ese sector, a menos que el consumo personal (V + parte consumida de S) aumente de forma equivalente. Pero ese es un problema a largo plazo y aquí hablamos del efecto más inmediato, a corto plazo, de la inversión mientras esta se produce.

Lenin acerca del «Consumo Productivo»

A este respecto vale la pena citar el argumento de Lenin contra los narodniks en el primer capítulo de su *Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, disponible ahora en inglés por primera vez. Lenin subraya aquí que la demanda de bienes *no* debe ser identificada con consumo personal: que también hay lo que se denomina *consumo productivo*, que representa la demanda de bienes de equipo, productos de la Sección I, que surgen del gasto de las empresas capitalistas en maquinaria, construcción, materias primas, piezas, etc. Además, el último puede aumentar más rápido que el primero; y en este sentido el consumo productivo (= in-

versión) es «independiente» del consumo personal, aunque esta sea una forma limitada de «independencia». Si bien esta «independencia» no debe exagerarse, significa que la inversión y de ahí la actividad productiva de la Sección I no están *limitadas* por el consumo personal (V+ parte consumida de S) en el sentido de tener que llevar el mismo ritmo: realmente, recalca Lenin, es una característica básica del capitalismo que la Sección I tiende a crecer *más rápido* que la Sección II.

«Así el crecimiento del mercado nacional para el capitalismo es, hasta cierto punto, ‘independiente’ del crecimiento del consumo personal y tiene lugar en mayor medida debido al consumo productivo... El desarrollo de la producción principalmente a causa de los medios de producción parece paradójico y sin duda constituye una contradicción. Es ‘la producción por la producción en sí misma’ —la expansión de la producción sin la correspondiente expansión del consumo. Pero es una contradicción, no de doctrina sino de vida... [y] responde a la naturaleza misma del capitalismo»^[14].

La misma idea, cabe señalar, la expresa incluso más perspicazmente en su publicación *A Characterisation of Economic Romanticism* (pp. 62–4) en el pasaje citado por John Eaton en el último número de *Marxism Today*.

Resumiendo: lo que yo sugiero es que un período de anormal innovación tecnológica, al abrir un nuevo ámbito de inversión para el capital acumulado (durante un tiempo) y por tanto una demanda creciente de productos de la Sección I, puede constituir una expansión del ‘mercado nacional’ como la citada por Lenin. Cuando se combi-

13.— Véase especialmente p. 263 de la traducción inglesa de la segunda edición.

14.— *Development of Capitalism in Russia*, English edition 1957, pp. 32, 33–4..

na con el alto nivel de gasto estatal y la acumulación interna de fondos por las grandes empresas de la que hemos hablado, parece ofrecer una explicación suficiente a lo que ha estado pasando en la década actual. En la excepcional situación tecnológica de mediados del siglo XX, no debería sorprender a los marxistas (dando por hecho que su teoría está completamente desarrollada) que el curso normal del ciclo esté algo distorsionado, en el sentido de ser reemplazado por un ciclo más largo con una fase ascendente más prolongada, comparándolo con el tipo de ciclo del siglo XIX en el cual nuestra forma de pensar se ha basado previamente.

Pero decir esto *no* es afirmar, por supuesto, que la fase ascendente pueda seguir indefinidamente, como a algunos neofabianos les gustaría, convirtiendo una «fase» novedosa (que yo creo que tenemos que reconocer que lo es) en un escenario com-

pletamente nuevo. Ni tampoco significa que las contradicciones hayan sido superadas —de momento simplemente han cambiado de forma de expresión (hay muchas contradicciones en una situación y fase inflacionarias, como ahora vemos —pero hasta ahora quizás no les hemos dedicado suficiente atención para analizarlas). En el momento de escribir esto hay signos de que el auge de la inversión americana está moderándose y en Gran Bretaña parece probable que las drásticas medidas deflacionarias de septiembre hayan causado el descenso de la inversión. Si esta bajada va a ser temporal o permanente y acumulativa solo los hechos de los próximos meses nos lo dirán. Sería erróneo deducir una respuesta de un razonamiento *a priori* y sería engañoso basarnos demasiado en analogías con situaciones anteriores —por mucho que uno se vea tentado a ver paralelismos entre algunos hechos recientes y 1929.